

Mensaje del II Encuentro Misionero Claretiano Europeo Pamplona, 20–25 de agosto de 2001

Los 108 miembros –religiosos, religiosas y seculares– de la Familia claretiana que nos hemos reunido durante estos días en Pamplona, acogidos fraternalmente en el Colegio Mayor Larraona, hacemos llegar a todos nuestros hermanos y hermanas un mensaje de comunión.

Nuestra reunión, convocada por los presidentes de la CEC y de Iberia, se sitúa en continuidad con aquel I Encuentro, celebrado en Viena hace ahora seis años, en que se trató cómo evangelizar en una situación de increencia en Europa. Preparado durante largo tiempo se ha propuesto reforzar la comunión entre todos los miembros de nuestra gran Familia que viven y trabajan en Europa, estudiar la Misión compartida y continuar la reflexión en torno al Proyecto Misionero Claretiano para Europa.

A lo largo de estos días hemos celebrado nuestra fe, hemos escuchado algunas conferencias y experiencias que nos han iluminado e inquietado, hemos dialogado extensamente e intercambiado nuestras reflexiones y experiencias. Hemos disfrutado juntos. Y, además, las nueve lenguas europeas que se podían escuchar en los grupos nos han permitido experimentar la riqueza y variedad de Europa. Se nos han abierto nuevos horizontes. Esta situación nos ha recordado la experiencia de Pentecostés y la pregunta de fondo que nos está ocupando: ¿Señor, qué tenemos que hacer? Hemos sentido la responsabilidad profética de discernir en común lo que el Espíritu dice a nuestro carisma evangelizador a través de la nueva situación europea. Y, por encima de todo, nos hemos recordado con insistencia la necesidad de profundizar nuestra experiencia de Dios.

Nos hemos hecho más sensibles al cambio global y radical que se está dando en el mundo y nos ha apasionado más la construcción y la evangelización de esta nueva Europa.

Nos hemos preguntado cuál es nuestro papel en esta sociedad excesivamente centrada en lo económico, en el tener, que hace crónica la exclusión e incrementa la pobreza, donde la religión se ha vuelto

irrelevante para la vida y el comportamiento de muchos europeos y europeas. Ello nos ha suscitado diversos y serios interrogantes:

¿Cómo situarnos en esta sociedad en la que emergen también nuevos valores que inter-pelan a la Iglesia y en la que muchos hombres y mujeres de buena voluntad convergen con los cristianos y cristianas en la lucha por un mundo mejor?

En una sociedad como la nuestra –en la que, sobre todo, se multiplican y cambian las relaciones: en el seno de la familia, entre mujer y hombre, entre instituciones y agentes sociales, entre pueblos y estados–, ¿en qué medida debemos transformar nuestras relaciones en el seno de la Familia claretiana y de la Iglesia, con respecto a otras confesiones y religiones, y aun con relación a la misma sociedad para poder servirla?

¿Qué nos pide, a nosotros en primer lugar, esta sociedad más necesitada que nunca de diálogo y de cooperación?

Somos conscientes de que el alcance de este cambio nos está exigiendo una refundación, planteándonos la urgencia de que la misión del Reino de Dios transforme nuestros organismos, estructuras y medios, e incluso nuestra identidad personal.

Hemos entendido que la misión compartida, más que una respuesta a las carencias de la Congregación y de la Iglesia, se constituye en un auténtico signo de los tiempos.

Nos ilusiona asumir la misión compartida, teniendo presente que en su raíz consiste en establecer vínculos cada vez más amplios de relación humana, cooperación y comunión con los hermanos y hermanas de comunidad, con los que están y trabajan con nosotros, con la Familia claretiana, con la Iglesia y con la sociedad.

A pesar del desequilibrio de la presencia claretiana en los distintos países, podemos acompañar a nuestra Europa en la enorme y veloz transformación que experimenta, si nosotros mismos estamos abiertos también a transformaciones significativas y rápidas.

Nos hemos cuestionado si hemos hecho lo suficiente por resaltar en nuestra acción misionera la centralidad de la Palabra, la personalización de la fe y la adquisición de nuevos lenguajes en su comunicación.

Nos hemos preguntado también si estamos suficientemente presentes y

cercanos entre los niños y jóvenes, la mujer, la familia, los empobrecidos, los inmigrantes..., y si favorecemos la defensa de la vida, la cultura de la paz y el cuidado de la creación.

Somos conscientes de que –hoy más que nunca– Europa está demandando una evangelización misionera, profética, vocacional, multiplicadora de evangelizadores y desde la perspectiva de los pobres y excluidos, y sobre todo inculturada, realizada a través del diálogo, en una Iglesia de comunión y en misión compartida.

Todo ello nos está exigiendo a la Familia claretiana de Europa que demos pasos en un itinerario largo, ilusionante, abierto a otros, de intercambio de vida y experiencia, de formación y de revisión. Asimismo nos estimula a iniciar, en cuanto sea posible, alguna acción conjunta a escala europea.

¿Estamos dispuestos a pagar el precio que este proceso de comunión para la misión va a exigir, en todos los ámbitos –desde las relaciones hasta lo económico– por cuanto implica un cambio cualitativo de estructuras y actitudes personales?

Con este mensaje os hacemos partícipes de nuestra experiencia e inquietudes. El cambio de época que estamos viviendo nos llama a ser lúcidos y estar vigilantes, de modo que seamos capaces de proyectar el futuro antes de que sea él el que se nos imponga. El futuro que soñamos y esperamos como Familia claretiana ha de ser para todos y se ha de construir con el esfuerzo y colaboración de todos, al modo como se construyeron las grandes catedrales europeas.

Confiamos que el esfuerzo de estos días en los que hemos percibido la presencia maternal de María, sea fecundado por la acción vigorosa y creativa del Espíritu de Jesús.